

bilidad delicada que en Garcilaso se mezcla y sobrepone al género convencional que con predilección cultiva.

El asunto de *El Adónis*, impuesto á *Porcél* por la afición, que todavía reinaba, á las leyendas mitológicas, no ofrecía novedad (1). Para dar mayor dificultad y realce al desempeño, la academia granadina llamada *del Tripode*, establecida en casa del ilustre poeta *Conde de Torrepalma*, impuso á *Porcél* la obligación de escribir el poema en *églogas venatorias*, linaje de poesía que pareció, así al autor como á su amigo el erudito *Velazquez*, completamente nuevo (2).

El respeto á las arbitrarias clasificaciones de la poética erudita fué una de las más pesadas cadenas que embargaban el vuelo de la fantasía. *Porcél*, temeroso de que su estilo sea tachado de altisonante, y por tanto de inverosímil é impropio en una égloga, donde todo ha de ser pastoril y sencillo, tiene buen cuidado de advertir al lector que si la narración de *El Adónis* está llena de frases figuradas y de algunas elevaciones del nimen, es porque sus personajes no son pastores, sino cazadores, los cuales pueden ser reyes, príncipes y otras personas instruidas (3). Triste y pueril efecto de la crítica extraviada, que toma los retruécanos, las oscuras hipérbolos y las metáforas extravagantes por elevaciones del nimen.

En un asunto inspirado por las impresiones contemporáneas ó por los afectos eternos del alma, tal vez *Porcél* habría hallado acentos elocuentes é imágenes conmovedoras. La tendencia trágica y la entonación tierna ó elegante que asoma á veces en su poema, obligan á pensar que, con más sanos impulsos literarios, habría llegado á dar con el camino verdadero de la belleza y de la pasión. Es gracioso y delicado el cuadro de la infancia de Adónis, ya jugando con un pajarillo atado á un hilo, ya cuando, al verle llorando, después de acariciarlo dulcemente, le presentan un carcax pequeño, hurtado á Cupido, que le enviaba Vénus,

Y con traerlo aprisa,
Se alegró Adónis tanto,
Que interrumpió su llanto
Con inocente risa.

Gallardo y brioso es el alarde de imperio sobrenatural que hace la ninfa maga, en la égloga tercera, para encarecer el fuego de amor que la abrasa:

Es mi imperio violento...
Y si clamo furiosa,
Con roncós silbos me responde el viento;
Confúndese la selva pavorosa,
Tiemblan los montes, y la dura tierra

Me arroja los cadáveres que encierra
Pero con poder tanto,
¡Oh Adónis generoso!
Es ¡ay! tu bello encanto
Más que todos los míos poderoso.

El amor es generalmente en toda la obra un amor metafísico, que no es amor, sino un enfático desahogo de ingenio; pero la pasión de Vénus por Adónis, único afecto caloroso y sin-

(1) Sin contar la comedia de Lope de Vega, *Adónis y Vénus*, ni el poema *Venus and Adonis*, de Shakspeare, publicado en 1593, ni *Les Amours de Venus et d'Adonis*, obra dramática de monsieur Devise, representada en París en 1685, pueden citarse muchos poemas inspirados por el mito pagano de Adónis, entre otros, la *Fábula de Adónis y Vénus*, del poeta madrileño Alfonso de Batres; el *Adónis*, de don Diego Hurtado de Mendoza; *L'Adone*, del caballero Marini; *La mort d'Adonis*, de Lafontaine; etcétera, etc. La historia de Adónis fué asunto académico en varias ocasiones. Puede verse una de ellas en los *Ocios poéticos*, de don Ignacio Alvarez de Toledo, pág. 21.

(2) *Porcél* dice: «Hube de penetrar un camino hasta ahora de otro no inculcado.»

Velazquez escribe, en sus *Orígenes de la poesía castellana*: «Las églogas venatorias de *El Adónis*, de don José *Porcél*, son buenas; á que se añade la circunstancia de ser las primeras églogas venatorias que se han escrito en castellano.»

Ambos se equivocan. El género era raro, pero no tan nuevo. Ya en 1582 había publicado *Herrera* su égloga venatoria, que empieza:

De aljaba y arco, tú, Diana, armada...

(3) Véase el prólogo de *El Adónis*.

cero que hay en el poema, toma alguna vez un carácter humano y simpático. La diosa se hace mujer, y mujer apasionada, cuando dice á su terrestre amador:

Huyo ese dios guerrero,
Por sañudo, por fiero;
Solo á Adónis adoro:
Por tí me dejo las estrellas de oro
Y las eternas risas;
Que es mi cielo la tierra que tú pisas!

Las bellas dotes que estos rasgos denotan, no podían desarrollarse y campear en la cárcel de ficciones mitológicas en que se encierra la musa de *Porcél*. Esta herencia de la lucha intelectual del renacimiento permanecía intacta en aquella edad. Las risueñas quimeras mitológicas de la poesía griega habían ahuyentado el bello pero algo sombrío espiritualismo de la edad media. El emblema era preferido á la verdad, y el emblema mata casi siempre la enérgica expresión de los sentimientos morales. No se comprendía entonces que imitar á los escritores de la antigüedad, tomando á la mitología pagana por fuente de inspiración poética, era imitarlos de una manera falsa y desacordada, porque al cabo en la antigüedad los dioses del Olimpo griego eran los tipos míticos de sus creencias religiosas, y el arte y la poesía encontraban en ellas un impulso directo y una significación profunda. En la literatura de las naciones cristianas aquella mitología no podía ser más que un artificio alegórico convenido, un medio práctico, por decirlo así, de expresión artística; y tan así era en nuestra España creyente y fervorosa, que muchos poetas, lejos de tomar por lo serio la representación simbólica de las deidades de la fábula, buscaban en ellas pábulo á su espíritu festivo y zumbón (1). *Porcél*, aunque no se burla de la mitología griega, la respeta muy poco, pues se atreve á aumentarla inventando fábulas paganas (2). Toda la obra (son sus palabras) se dirige á persuadir que

No hay amor en las selvas con ventura,

y *Porcél* afirma candorosamente que esta trivial paradoja es el velo que encubre altas verdades morales y aun teológicas, y especialmente una gran sentencia de san Gregorio (3). ¡Peregrino modo, en verdad, de propagar la doctrina de los Padres de la Iglesia, ahogándola en un mar de ficciones paganas, y entre ellas las leyendas sensuales de Acteon y de Pigmalion, y los amores incestuosos de Mirra!

El estilo de *El Adónis*, vigoroso y puro algunas veces, es las más alambicado, confuso y desleído. Lleva en su desigualdad misma el sello de la inexperiencia, así como el de un privilegiado talento literario en pugna con la corrupción. De cuando en cuando recuerda *El Adónis* la poesía de los mejores tiempos; ya dulce y fluida, como en esta estrofa, con que empieza la égloga segunda:

Amor, ya he conocido
¡Oh tardo desengaño!
El mal do me ha traído
Tu lisonjero engaño:
Canté tus flechas de oro,
Canté tus triunfos, y tus triunfos lloro;

(1) Son innumerables los poemas burlescos españoles fundados sobre asuntos mitológicos. Uno de los más notables es *La Proserpina*, escrita en octavas por don Pedro Silvestre del Campo, contemporáneo de *Porcél*.

(2) «Sirven como de argumento todas las fábulas;

las más que me sirve la mitología, otras que yo invento ó aplico, como la *Pirene*, la del *Sátiro convertido en piedra*, la *Fuente del Desengaño...*» (Prólogo de *El Adónis*.)

(3) Véase el prólogo de *El Adónis*.

ya sentenciosa, como en estos versos :

Por eso á manos mueren
De sus mismos errores
Los que su antojo á la razon prefieren ;

ó en éstos, en que, empleando el lenguaje antitético á la sazón en moda, deplora Vénus su inmortalidad, ante el cadáver de Adónis :

¡ Infelices los dioses soberanos,
Á cuya dura suerte
No pondrá dulce fin la amarga muerte !

ya, en fin, narrativa, gráfica y desembarazada, como en el siguiente episodio de caza, en que se pinta una zorra perseguida por un perro :

Huye al monte, él la sigue, y ya la asiera,
Si ella con giro incierto al prado verde
Segunda vez no hiciese su carrera.
Ya la erizada cola el can le muerde
Tres veces, pero veces tres lo engaña,
Y tres veces la alcanza, y tres la pierde.
Ladra el can generoso, pues su saña
Mal sufre que en las fuerzas no le iguale,

Y burle la astutísima alimaña.
Así el valor que á la contienda sale,
Juntar lo heroico con lo astuto debe,
Pues donde no el valor, la astucia vale.
Cansada yo de la vulpeja alevé,
Doy una flecha al nervio retorcido,
Y el nervio al aire, que veloz la lleve...

Quien tan gallardamente escribe y versifica, había nacido, sin duda, para figurar al lado de los Balbuenas y de los Figueroas. ¿Quién creería que este mismo poeta, á veces tan natural y tan sencillo, llamase á los olmos *verdes jayanes del soto*, á los brazos de Vénus estrechando á Adónis, *pámpanos de cristal*, *lástimas sonoras* al arrullo melancólico de la tórtola, y á una ninfa que canta,

Hermosa lira de marfil viviente?

La posteridad ha sido en verdad harto indiferente para con el célebre *Porcell*. Consagraba cierto respeto tradicional su nombre, mas nadie se tomaba el cuidado de buscar sus obras. El decantado *Adónis* yacía olvidado en los estantes de bibliotecas particulares (1), en tanto que los literatos, que por la mayor parte no lo conocían sino de fama, y que nada hacían para descubrirlo y publicarlo, lamentaban con dolientes frases que no llegara á darse á luz una obra que había sido tenida por dechado de belleza y de perfección. Quintana, uno de ellos, doliéndose de no haber podido haber á las manos las celebradas *églogas venatorias*, dice así:

«Por más esfuerzos que he empleado en buscarlas y verlas, han escapado á todas mis diligencias, y si son tales como se dice, hacen mal los que las poseen en no enriquecer nuestra literatura con ellas» (2).

Los esfuerzos de Quintana no debieron de ser muy grandes; siendo más de aplaudir en esta ocasión el buen deseo que la diligencia del ilustre historiador-crítico. Acaso era rémora de su actividad un presentimiento desfavorable, nacido de su gran instinto.

Aquella negligencia de la posteridad era acaso la salvaguardia de la alta aunque poco difundida fama de *Porcell*. Los críticos modernos, movidos por su espíritu investigador, no quieren admirar por fe, sino ver con sus propios ojos y juzgar con su propia conciencia. Acaso desenterrando ahora estas famosas *églogas venatorias* cometemos una profanación. Aquel poema, al morir, tenía la belleza de su época. El tiempo ha consumido aquellas perfecciones relativas, y como quiera que las perfecciones absolutas, de esas que viven siempre, abundan

(1) Tres copias antiguas hemos visto de este poema.

(2) *Introducción á la poesía castellana del siglo XVIII.*

poco en el poema, es imposible no sentir con su lectura, recordando los extremados encomios de los contemporáneos de *Porcell*, cierta desagradable sorpresa, que se asemeja al sinsabor de un desengaño. Quintana llegó á encontrar *El Adónis*, y recibió con su lectura la misma triste impresión que á nosotros nos ha causado (1).

¿Quién pudiera pensar que en aquel poema *El Adónis*, tan admirado por el cuerdo y delicado *Velazquez*, habrían de encontrar los lectores de otra edad trivial y manoseado el asunto, pobre el plan, confuso y enredado el estilo? Algunos arranques de poesía, perdidos en tan estéril y enmarañada trama, no alcanzan á compensar la falta de unidad, de elevación, de claridad, de sencillez; en una palabra, de estro verdadero.

Mejor fuera sin duda para la gloria de *Porcell* no volver la vida á su olvidado poema. Pero la historia literaria impone á la crítica imperiosos deberes. La fama misma del poema le da derecho á la luz pública.

No hemos de negársela, por más que, al tocar de cerca la obra, hayan de quedar con esta resurrección algún tanto lastimadas las ilusiones de lo pasado. A pesar del estilo prolijo y gongorino de este poema, que, con ser tan pobre su asunto, tiene más de 4.500 versos, y á pesar también de su singular estructura, la publicación de *El Adónis* es importante para la historia de las letras y de la lengua, porque *Porcell* caracteriza mejor que otros muchos la época de transición en que vivía. Pasó sus mocedades fuera de Madrid, y no se educó bajo la influencia creciente de la literatura francesa; así es que sus bellezas y sus defectos son de índole puramente española. Si algunas veces imita el estilo cespado y retumbante de Góngora, otras, por desgracia las ménos, recuerda el estilo dulce y natural de otros felices escritores. En medio de intempestivas y enredadas metáforas, tributo imprescindible á la afectación reinante, ¡cuántas veces asoman en los versos de *Porcell* destellos de aquel hechizo de expresión peculiar de los poetas de la edad dorada! Hasta en el discreto sabe ser disertado y lírico juntamente, como los poetas esclarecidos del siglo XVII. ¿Quién, al leer los siguientes versos de la fábula de *Alfeo y Aretusa*, no siente el halago que causan el lozano estilo de los idilios de Villegas ó de Espinosa?

Si piensas, ninfa bella, que no dura
Un instantáneo amor, y excusas, fiero,
El bien que me promete esta ventura,
Para crecer, amor tiempos no espera.
Si el ver y el adorar una hermosura
Son dos cosas, ninguna es la primera;
Yo te vi, yo te amé, y otros amantes
No te adoraron más, te amaron ántes.

Dueño soy, si soy tuyo, ¡qué fortuna!
De cuanto engendra la ribera amena;
Mil arroyuelos desde su alta cuna
Bajan su planta á mi dorada arena;
Contéplase en mí el sol, la errante luna
Aun no se mueve en mí quietud serena;
Mas, ¿para qué número bienes tales,
Si ya sólo soy dueño de mis males?

Á veces, especialmente en los versos cortos, demuestra *Porcell* tan notable desembarazo y tal firmeza de estilo, que dan motivo á creer que en mejores tiempos habría podido llegar á

(1) Hé aquí la interesante noticia que á este propósito nos ha comunicado nuestro excelente amigo y compañero el señor Hartzzenbusch:

«Pasé al Puerto de Santa María en el mes de Febrero de 1849, con el encargo de reconocer la librería del difunto don Juan Nicolás Böhl de Faber, que el señor don Manuel Breton de los Herreros, director de la Biblioteca Nacional, trataba de adquirir para ésta. Registrada la librería, teniendo á la vista el catálogo que presentaron los herederos de Böhl, eché ménos algunas obras; y aquéllos me ofrecieron en compensación varios manuscritos que no figuraban en el catálogo. Escogí los que me parecieron más estimables, y uno de ellos fué *El Adónis*, fá-

bula venatoria en varias églogas, que, sin llegar á publicarse, había obtenido gran celebridad en el siglo pasado. Comprada la librería de Böhl de Faber, y traída á la Biblioteca Nacional, el excelentísimo señor don Manuel José Quintana llegó á saber que se hallaba en Madrid el manuscrito de *El Adónis*, poema que había deseado mucho ver, al formar su colección de poesías selectas castellanas, y le había sido imposible alcanzarlo. Satisfecha al fin, por mi cuidado, su antigua curiosidad, me dijo, al devolver el código, que la tal curiosidad y deseo habían sido en realidad excesivos, porque no merecía tanto la obra.—*Juan Eugenio Hartzzenbusch.*»

ser un escritor de orden elevado. Sus contemporáneos comprendían que no era común el valor de las prendas intelectuales de este poeta, y le miraban con afecto y respeto hasta las personas más encumbradas. El Conde de Torrepalma, singularmente, le distinguió con la más estrecha amistad, y aún le hospedó en su casa, como puede inferirse de estos versos de la festiva carta familiar que le escribió *Porcell* para distraerlo de la pesadumbre que sentía por la muerte de su hijo primogénito:

Tenga en tu casa un rincón,
Ocios, libros, mesa y cama
Muérase el mundo, y que viva
El Conde de Torrepalma.

Poco, en verdad, sabemos con certeza acerca del carácter y de las prendas morales de *Porcell*. Al verle tan considerado por las aristocracias nobiliaria é intelectual de su época, no es lícito formar sino conjeturas muy favorables. Puede, no obstante, sospecharse que era desmedido su engrimiento, al verle declarar abiertamente á su siglo incapaz de comprender sus obras (1).

Entre los fundadores de la Academia Española, hombres dados á estudios graves, habia algunos cultivadores de la poesía. Además de *Alvarez de Toledo*, de quien ya hemos dado noticia, *fray Juan Interian de Ayala*, profundo teólogo y orientalista, erudito crítico del arte cristiano (2) y elocuente orador sagrado, se dedicaba con afición á escribir versos latinos y castellanos (3). Á su muerte, ocurrida el 20 de Octubre de 1730, amigos y compañeros suyos de la misma Academia escribieron romances en alabanza del sabio mercenario (4). Á pesar del propósito del ilustre instituto, de atajar el torrente conceptuoso, estos romances están sembrados de pensamientos alambicados, aunque algunos no sin ingenio y gala, como el siguiente:

No echés ménos en la tumba
Obeliscos, pues que salen
De las hojas de tus libros
Tantas lenguas que te aclamen.

Hasta el frío y prolijo analista *don Juan Ferreras* cultivaba las Musas, intentando acreditar con el ejemplo la doctrina de la Academia. Pero era hombre de su época, y aunque académico y reformador, pagaba, sin caer en ello, copioso tributo á la moda conceptuosa. Escribió varias poesías líricas castellanas, y un auto titulado *La Paz de Augusto*. Dos años no cabales despues de instalada la Academia Española, leyó en ella con aplauso una composición bastante correcta, que demuestra, sin embargo, cuán indulgente y contentadiza era la crítica literaria de aquellos tiempos (5). Su importante obra, *Sinopsis histórica cronológica de España* (diez y seis tomos), le granjeó grande y duradera fama. No es posible recordar sin veneración y simpatía aquel austero carácter, aquella condición modesta y sencilla. Llevó á la sepultura tres mitras á los piés, como testimonio de haber renunciado otros tantos obispados.

Apénas quedan otros nombres, despues de los ya mencionados, que merezcan tener cabida en esta somera conmemoración del triste período lírico que corresponde al reinado de Felipe V,

(1) «Sólo resta, lector, advertirte que el callar mi nombre no lo tengas por mera modestia. ¡Siglo fuera en que tuviera vanidad en publicarlo!» (*Prólogo de El Adónis*.)

(2) *Pictor Christianus eruditus*, etc.; un tomo en folio.

(3) *Opuscula poetica*, Madrid, 1729, en 8.º — Varios elogios en prosa y verso. (MS.)

(4) MS. de la Academia Española.

(5) Fué leída el 16 de Mayo de 1715. La Academia declaró que el estilo de la composición era conforme á su instituto.

Está escrita en octavas, y se titula así: *El Principio, nuestro señor, da vida y libertad á una paloma que volando cayó á los piés de la Reina, nuestra señora*. (MS. de la Academia Española.) Véase esta poesía en uno de los tomos siguientes de la presente colección.

como no sean los de *don Bernardo de Quirós* y *don Juan Velez de Leon*. Era aquel un caballero asturiano, poeta de vena fácil y festiva, que murió en la flor de su edad, en la batalla de Zaragoza, durante la guerra de sucesión, siendo teniente-coronel del regimiento de Asturias. El *Marqués de Santa Cruz de Marcenado* y el *maestro Feijóo*, jueces ambos calificados y severos, lo presentan como insigne poeta. *Feijóo*, principalmente, le tributa encarecidas alabanzas. Para tasar ahora su mérito con la imparcialidad propia de quien juzga de cosas remotas, bastará decir que, si bien aplaudido por varones de cuenta, *Quirós*, aún en su tiempo, era tenido por poeta inferior á *Gerardo Lobo*, á quien se asemejaba tanto, que llegaron á confundirse los versos de ambos (1). *Don Juan Velez de Leon* pasó muchos años en Francia, Alemania é Italia, ya con el Conde de Benazusa, embajador en Venecia, Francia y Alemania; ya como secretario de cámara del Marqués del Carpio, embajador en Roma y virey de Nápoles; ya como gobernador de Puzol, ya como secretario de justicia en Nápoles. Era hombre de gran despejo y capacidad, y de ingenio festivo y agudo, también por el estilo de *Gerardo Lobo* (2). Mientras residió en Roma, formó parte de la academia ó tertulia literaria de la reina Cristina de Suecia. En 1688 leyó, en presencia de esta señora y de orden suya, un chuseo dictámen «sobre si una dama que tenga hermosa dentadura, debe desear tener la boca chica ó grande.» ¡Extraño asunto para escogido por la célebre hija de Gustavo-Adolfo, á la edad de sesenta y dos años, en la cual, como hija del Norte, tendria probablemente su propia dentadura en desastroso estado!

Algunos escritores, movidos por la envidia, ó mal avenidos con la disciplina literaria introducida en España á la usanza de la corte francesa, atacaron á la Academia Española en los años inmediatos á su fundación. Contra ellos se creyó obligado *Interian de Ayala* á echar todo el peso de su autoridad, aprovechando, para defenderla en el púlpito, la ocasión de pronunciar la oración fúnebre en las exequias del primer director y principal fundador de la Academia, el esclarecido Marqués de Villena. Entre estos escritores puede contarse á *Velez de Leon*, que compuso versos zahiriendo duramente á la Academia y á los académicos, en especial á *Nasarre*. Verdad es que *Velez de Leon* era de aquellos que se burlan de todo, hasta de sí mismos. Hé aquí, como muestra de su estilo, un soneto en que hace una descripción burlesca de su propia persona:

MI RETRATO.

Soy un hombre pequeño, toscó y gordo;
Fui de cabello negro y pié ligero,
De humor alegre, en lo esencial severo,
Semblante adusto, y á las veces sordo.
En todo pico, como suele el tordo,
Ménos en la maldad de lisonjero;

Pero tengo, entre otros, cierto pero,
De emprender todo, cuando á nada abordo.

Poeta, historiador y secretario,
Todo he llegado á ser, mas duré poco,
De númen pobre y genio perulario.

Éste es, pues, mi retrato, en que os provoco
Á risa viendo humilde á un temerario,
Que si fuese pintado, sería un loco (3).

(1) El canónigo *don Carlos Gonzalez de Posada*, amigo de *Jovellanos*, y fidedigno escritor asturiano, dice que algunos de los romances publicados como de *Gerardo Lobo* eran de *don Bernardo de Quirós*. Cita entre ellos, no sabemos si con bastante fundamento, uno que empieza *Oyes tú, ¿cómo te llamas?* y el *Soliloquio amoroso*.

(2) El lectoral Trianes, de Cádiz, tenía en su copiosa librería un códice con varias obras en prosa y verso de *Velez de Leon*. Manuscrito en folio, 256 folios. — Don Bartolomé José Gallardo examinó este

manuscrito. Llamó en él su atención un estudio en prosa, titulado *Principio y progreso de la comedia española*, y copió de su puño algunos versos de *Velez de Leon*, que tenemos á la vista. — *Alvarez y Baena* dice en su *Diccionario histórico de los Hijos de Madrid*, que poseía un grueso tomo autógrafa con versos de *Velez de Leon*, y cita además otro códice en folio de poesías del mismo autor, titulado *El mal humor de las Musas*.

(3) Papeles sueltos de la biblioteca de Osuna.